

Et cetera...

(and so on, und so weiter, and so forth, y así sucesivamente, und so überall, etc.)

JACQUES DERRIDA

—Y al comienzo, hay el y.

—¿«Y...», dice Usted? ¿Qué hay en un «y»? ¿Y cuando digo «un y», se convierte la conjunción «y» en un nombre? ¿Qué hay en un nombre, en este nombre? Y me pregunto qué puede hacer una desconstrucción con una palabra tan pequeña, y casi insignificante.

—El caso es que se ha propuesto, y decidido, y nuestro amigo nos lo confirmará, tratar, de todas las maneras, de «La desconstrucción y...*et cetera*...»? Y eso depende, en efecto, de lo que sigue. ¿Cómo dejar en suspenso un sintagma así? ¿y el «*syn-*» de un sintagma así? Junto con este «con» (*cum, syn, mit, with*), y con este «y», hemos aquí expuestos a tantas conexiones peligrosas...

—¿Y por qué no? También a todo tipo de desconexiones. Pero tranquilícese. ¡Y si Usted supiese de qué manera es independiente la desconstrucción, y de qué manera está sola, tan sola, completamente sola! Y es como si se la hubiese abandonado, en pleno coloquio, en un andén de estación, o en un vestíbulo de aeropuerto que se parecería a este mismo, en correspondencia o a punto de salir hacia no sé qué destino...

—Pero no, creo antes por el contrario que no hay nada menos solo, y pensable separadamente. Y la desconstrucción es también algo así como un pensamiento de la teoría de los conjuntos. Habría que decir siempre, si creemos en ellos, «la desconstrucción y...*et cetera*... etc.» Y «desconstrucción» iría siempre *con*, junto con *alguna* otra cosa. Y tendría Usted entonces unos cuadros taxonómicos diferentes según el nombre de esa «cosa»; y según su presunto concepto, y según el juego del artículo definido, y según el tipo de contigüidad y la estructura conceptual de esta X que, consecuencia o consecución, sigue al y.

—Y eso sin contar con que la desconstrucción introduce un «y» de asociación y de disociación en el corazón mismo de cada cosa, que reconoce más esa división de sí en el interior de cada concepto, a esto querría volver más tarde. Y todo su «trabajo» se sitúa en esa juntura o en esa dis-yuntura: hay escritura y escritura, invención e invención, don y don, hospitalidad y hospitalidad, perdón y perdón. Cada vez una hipérbole viene a apelar a, y a decidir sobre, esa indecidibilidad y/o de ese *double bind* entre X y X: que hay X y X, viene a ser pensar X sin X; volveremos a esta ley; por lo demás «bind» significa una conexión, una conjunción, como «y». Un *double bind* toma siempre la forma de una doble obligación: *et ...et*.

—Y así, para quien quisiese poner orden en todas las frases o en todos los textos que se expondrían en nombre de «La desconstrucción y X», las tablas de conjunción, si cabe decirlo así, y la «lógica» de sus títulos serían diferentes, incluso radicalmente heterogéneos en las series siguientes

—en las que, al igual que los sustantivos categoriales, el sincategorema y se encuentra afectado, se encuentra en realidad profundamente modificado en su sentido y en su función:

1. desconstrucción y crítica, desconstrucción y filosofía, desconstrucción y metafísica, desconstrucción y ciencia, etc.

2. la desconstrucción y la literatura, la desconstrucción y el derecho, o la arquitectura, o la gestión empresarial, o las artes visuales, o la música, etc.

3. la desconstrucción y el don, o el perdón, o el trabajo, o la técnica, o el tiempo o la muerte, o el amor, o la familia, o la amistad, o la ley, o lo imposible, o la hospitalidad, o el secreto, etc.

4. la desconstrucción y América, la desconstrucción y la política, la desconstrucción y la religión, la desconstrucción y la universidad, etc.

5. desconstrucción y marxismo, desconstrucción y psicoanálisis, desconstrucción y feminismo, desconstrucción y *new historicism*, desconstrucción y postmodernismo, etc.

Y se podría continuar, y sería bastante fácil hacer ver que en cada una de estas series, en cada uno de estos grandes conjuntos, la conjunción «y» resiste no sólo a la asociación sino a la serie; y protesta contra una reducción en el fondo absurda e incluso ridícula...

—Y efectivamente, se parte uno de risa, y me veo tentado de añadir «la desconstrucción y yo y yo, y yo...» por parodiar la parodia de una célebre canción francesa —«50 millones de chinos y yo y yo...» Y ante esta clasificación rapsódica «a la china» y esta acumulación falsamente rigurosa, hay que repetir que según el tipo de categorema de esta manera conjuntado a la desconstrucción por medio de la gramática de lo que se llama una conjunción («y»), no es ya sólo el sentido de alguno de esos categoremas lo que empieza a tener alguna determinación (y que tendrá que continuar completándose en una frase y por medio de un discurso, etc.), es también el destino enigmático de la misma palabrita «y», a saber, el sincategorema, como decía Usted, «y» lo que se determina... Y el *Syn*, el *avec* de la palabra *sincategorema*, como el *cum* de *conjunción*, tiene también el sentido de la conexión conjuntiva, es una especie de «y» en general...

—Pero ¿y qué quiere entonces sugerir nuestro amigo, sin embargo, con su alusión a una rapsodia «a la china»? Un ejemplo de esto podría ser esa clasificación de los animales en «cierta enciclopedia china» evocada por Borges y recordada por Foucault desde el umbral de su Prefacio a *Las palabras y las cosas*. Por lo demás, el *y* del título, *Las palabras y las cosas*, es totalmente diferente de cualquier otro y que asociara solamente palabras entre ellas, o solamente cosas entre ellas. Entre palabras y cosas, no puede haber conjunción o colección homogénea, ahí no puede haber enumeración o adición simple, etc. Las palabras y las cosas no se añaden ni se siguen en una misma serie...

—Salvo (y «salvo» es como «sin», una preposición conjuntiva que resguarda la acción de un cierto «y», ¿no?) salvo si se considera, y no es forzosamente ilegítimo, que las palabras, también, son palabras y también cosas (*et des mots et des choses*) (y ahí acabo de hacer un uso del *et* que me parece que sólo puede ser francés, poniendo un *et* antes del primer término de la enumeración, y cabe que uno se pregunte si ese primer «et» sigue siendo traducible); y a menos que se considere además que cualquier unidad discreta de lo *existente* (o lo-que-es) (palabra y cosa, palabra o cosa) puede tomarse en cuenta en una colección. Como recuerda Husserl, muy pronto, en sus debates con el psicologismo, cabe, bajo la categoría de «algo en general» (*etwas überhaupt*), asociar numéricamente, y en consecuencia enumerar, de un y a otro, unas unidades aritméticas y unos objetos tan diferentes como un grupo de árboles, y un sentimiento, y un ángel, y una cualidad de rojo, y la luna, y Napoleón. Y cabe también asociar, puesto que se hacen entonces, en cuanto conceptos, más homogéneos, los «conceptos» de palabras y los

«conceptos» de cosas, incluso si una palabra, en principio, no es más que la designación de una cosa a través de su sentido. Una palabra es «algo» en general. Estas precauciones y distinciones elementales serían indispensables para quien quisiera tratar de «la desconstrucción y X...» (X: ¿la cosa, la palabra, el concepto, el sentido?, y ¿se las puede distinguir en este caso? ¿y en singular cada vez?)

—Lo que parece importar a los que seguimos aquí, antes incluso de la discusión en torno a una desconstrucción (en singular), ¿no es el y? Pero al escuchar la extraña conversación que acaba de comenzar, notemos tan sólo, en el texto ya citado por Foucault, una palabra doble. Digo bien el doble de una palabra más bien que una sola cosa. En el desorden de esta enumeración acumulativa (y...y...y...) que nos indicaría, según Foucault, el «límite» de *nuestro* pensamiento, y para nosotros, «la» imposibilidad desnuda de pensar *esto*, he aquí que aparece, como el abismo en el corazón de las cosas, un «*et caetera*», una categoría del «*et cetera*» que de una vez se traga todo en su abismo. Piensa uno en alguna ballena de Jonás trasformada en arca de Noé para todos los animales de la lista, o en una insaciable *Bocca della Verita* que amenazaría con englutir toda identidad, y hasta el concepto de concepto.

Leemos:

«los animales se dividen en (a) pertenecientes al Emperador, (b) embalsamados, (c) amaestrados, (d) lechones, (e) sirenas, (f) fabulosos, (g) perros sueltos, (h) incluidos en esta clasificación, (i) que se agitan como locos, (k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, (l) *etcaetera*, (m) que acaban de romper el jarrón, (n) que de lejos parecen moscas»¹.

—¿Ha notado usted la omisión de la J. ¿Voluntaria o involuntaria? En la página siguiente, Foucault la reinscribe en su sitio, entre I y K, en ese orden alfabético del que acababa de decir:

«Lo que trasgrede toda imaginación, todo pensamiento posible, es simplemente la serie alfabética (a, b, c, d) que liga con todas las demás a cada una de estas categorías».

Pero la letra que había omitido, y que va a restablecer como si nada, como incluso si no se diese cuenta de que reparaba una omisión por distracción, es, pues, J, y anuncia una sola palabra en la clasificación:

«(J) innumerables.»

¿Cuál es el conjunto más abismal y/o más comprensivo? ¿el de los «innumerables»? ¿el del «*et caetera*»? ¿o el del «incluido en la presente clasificación»? Foucault lo dice muy bien:

«(...) si todos los animales repartidos se alojan sin excepción en uno de los casos de la distribución, ¿acaso todos los demás no están en éste? Y éste, a su vez, ¿en qué espacio reside? El absurdo arruina el y de la enumeración al llenar de imposibilidad el *en* en el que se repartirían las cosas enumeradas»².

—Foucault lo sabe sin duda, cada y no se reduce necesariamente a su función enumerativa, incluso si ésta puede quedar discretamente implicada en cualquier otra modalidad semántica o pragmática del y. Como la del y que él mismo utiliza para hablar del y («Y ésta a su vez, ¿dónde reside?»). Esta inclusión del todo en la parte, esta serie que se inscribe toda entera en uno

1 Michel Foucault. *Les mots et les choses. Une archéologie des Sciences humaines*. Gallimard, Paris, 1966, p. 7. (Trad. esp. *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Siglo xxi, México, 1968, p. 1). Algunos, como Foucault, escriben *etcaetera*, otros *et coetera* (y es éste sin embargo el caso de la traducción francesa en el fragmento que cita Foucault sin dar la referencia: Borges, «La langue analytique de John Wilkins», in *Enquêtes*, 1937-1952, tr. P. y S. Bénichou, Gallimard, 1957, p. 144). Otros, a los que vamos a seguir aquí, escriben, con más seguridad, *et cetera*.

2 Pp. 8-9 (trad. esp. p. 2).

de sus términos, parece quizá, en efecto, desde un cierto punto de vista, «absurda», y de un absurdo que «arruina el y de la enumeración». Pero ¿no testimonia también otros recursos, poderosos de otra forma, y que harían de la ruina misma del «y» una fuerza casi invencible? Preguntarse qué *es* el «y», lo que quiere y lo que no quiere decir, lo que hace y no hace un y, e incluso un sincategorema en general, he aquí quizá, antes de toda enumeración de todos los títulos posibles del tipo «la desconstrucción y..., etc.», la tarea más constante de toda desconstrucción. Aquellos que participan en la conversación que estamos escuchando lo saben sin duda. Pero ¿lo dirán?

—Y de paso, y de vuelta a Europa, esta historia china puede recordar también la historia judía bien conocida: el letrado «el mejor sastre de la calle» quedará por encima de todos los demás letrados de *la misma calle* («el mejor sastre de la ciudad», «el mejor sastre del país», «el mejor sastre del mundo»). Pues «el mejor sastre de la calle» ¿no es mejor que aquel que se dice «el mejor sastre del mundo» si éste tiene su tienda en *la misma calle*?

—Y tratándose del *et caetera* de la enciclopedia china, recordémoslo. Borges tituló simplemente «*Etcétera*» un conjunto de textos breves añadidos en una reedición de la *Historia universal de la infamia*: «En la sección *Etcétera* he incorporado tres piezas nuevas», he aquí la última frase de un Prólogo a la edición de 1954³. Y este Prólogo se abre con una definición del barroco, es decir, de sí, su escritura misma, una definición del barroco que se obliga a ser barroco. Incipit de un prólogo, primera palabra del discurso que viene al principio: «Yo diría que barroco es aquel estilo que deliberadamente agota (o quiere agotar) sus posibilidades y que linda con su propia caricatura»⁴. El prólogo a la primera edición designa, entre los procedimientos de los que abusan estos «ejercicios de prosa narrativa», «las enumeraciones dispares»⁵.

—Y sin duda hay que complicar un poco las cosas. Hay que atemperar tanto esta alusión un poco confiada de Borges a lo que llama «enumeraciones heterogéneas», y también la interpretación que le permite a Foucault hablar de una «risa que sacude»⁶ al leer en texto de Borges. Más adelante hablará asimismo de una «incomodidad que hace reír»⁷. Pues la risa se hace menos eufórica, sobre todo menos comunicativa, más incómoda en efecto, cuando el *objeto* de la división o de la clasificación no es ya *leído* de manera ingenuamente realista (taxonomía de las cosas mismas, de los animales *mismos*, de los individuos o de las especies de animales) sino como la serie de los caracteres, de los atributos, de los modos de aprehensión, de las cualidades de actividad o de experiencia intencional que pueden referirse a animales. No se clasificaría los animales, sino, como otros tantos temas o nóemas posibles, las *experiencias* de la relación con el animal. La lista de Borges resultaría entonces incompleta, ciertamente, para sus entradas no bastaría un alfabeto, pero no sería ya risible, incómoda o aberrante. Podría incluso aspirar a una cierta científicidad fenomenológica. Y en cuanto a la ostensible falta de jerarquía lógica u ontológica en la simple yuxtaposición de los temas, a no ser que responda a un principio oculto de composición (por ejemplo barroco), he aquí que actúa también de forma interesante, cuando menos para volvernos atentos al artificio de todo orden, a su

3 Sigo, naturalmente, el texto original en las citas de Borges. En este pasaje, la traducción francesa a la que remite expresamente más adelante el autor, recurre a *Et Coetera* y a *Etcetera*, en lugar de «etcétera», vaya usted a saber por qué (T.).

4 *Historia universal de la infamia*, in *Obras Completas*, I, p. 291. Emecé, Barcelona, 1989, p. 291.

5 *Ibid.*, p. 289.

6 *Las palabras y las cosas*, cit. p. 1.

7 *Ibid.*, p. 4.

carácter histórico y no natural. Es en esta dirección —una nueva problemática del orden y su constitución— hacia donde se orienta, como es sabido, *Las palabras y las cosas*, e inscribe así ese momento de risa incómoda en su prefacio.

Y no nos apresuremos sin embargo a suscribir el *doble* diagnóstico de Foucault a propósito de este «cuadro».

1. Foucault declara, en efecto: «El absurdo arruina el y de la enumeración al llenar de imposibilidad el *en* en el se repartirían las cosas enumeradas»⁸. Ahora bien, no todo «y» es enumerativo de parte a parte; ni toda enumeración enumera cosas «reales» o «palabras» existentes. Un «y» puede poner en un cierto orden, *otro* orden, unos fenómenos intencionales, y puede hacerlo después o en esa *reducción fenomenológica* que puede someterse a cuestiones desconstruccionistas, ciertamente, hasta un cierto punto, pero sin la disciplina de la cual no podría empezar ninguna desconstrucción. Como tampoco ningún volver a poner en cuestión un orden dado por natural (y por eso se puede suponer que una cierta reducción fenomenológica está actuando implícitamente en el proyecto de Foucault, incluso si éste lo desconoce, cree necesario no acreditarlo, o hábil no asumirlo jamás bajo ese nombre). Esta disciplina de la reducción fenomenológica, esta puesta entre paréntesis o entre corchetes del realismo ingenuo o de la actitud natural, es, por el contrario, el *abc* de la desconstrucción. Pero no su *alfa* y su *omega*, su primera o su última palabra, pues aquella cuestiona también la axiomática de las reducciones fenomenológicas, de camino —y el camino cuenta, nada actúa en una desconstrucción sin la toma en consideración de un trabajo o de un trayecto, de una ruta que hay que distinguir, sin embargo, del *hodos* de un método.

2. Y Foucault encadena inmediatamente: «Borges no añada ninguna figura al atlas de lo imposible; no hace brotar en parte alguna el relámpago del encuentro poético...» ¿Tan seguro es esto? ¿Quién puede atestiguarlo? ¿y en nombre de quién? ¿De qué poética ya legitimada? ¿Y si ese «relámpago» fuese el texto mismo de Borges? ¿de Borges que pone en acción la poética (barroca o no, por ejemplo), que expone y describe siempre —y en consecuencia simultáneamente (esta simultaneidad, esta sincronía es uno de los valores del «y», y en árabe, tendremos que volver a esto, del *waw*: «mientras que», «sin embargo», «y he aquí que», etc.)?

—¿Cómo y cuántas veces se nos impone el «y», bajo su nombre propio o bajo alguna figura pseudónima? ¿Qué pasaría si borrásemos de un golpe, por algún mecanismo de ordenador, todos los «y» de nuestros discursos? Difícil de calcular. Más y menos de lo que se imagina uno en principio, sin duda, pues todos los «y» no tienen el mismo valor, y una operación así sería ingenua desde el momento en que tendría que limitarse a los «y» marcados y explícitos. Pero hay tantos otros, entre todas las palabras, más claramente entre aquellas que entre éstas, y a veces en el interior mismo de ciertas palabras. *Etcetera*, por ejemplo. Cabe preguntar por otro lado si no se descubrirían secretos apasionantes al someter un texto, un discurso, un libro a un análisis espectral —estilístico o pragmático, y estadístico— de todos los usos del «y»... Y cada escritor, cada poeta, cada orador, cada sujeto hablante, cada proposición incluso puede poner en acción un «y» diferente, diferente en cuanto a la modalidad, diferente en cuanto al número, y a veces para decir la misma «cosa», en fin para decir lo que realistas presionados llamarían la misma «cosa», allí donde habría que distinguir al menos entre cosa, objeto, sentido y significación, etc. Y hacerlo justamente mediante reducciones apropiadas.

8 *Op. cit.*, p. 2.

—Y más allá del texto citado por Foucault, toda la obra de Borges juega con esas posibilidades imposibles, sobre todo sus *Ficciones*. Releed, en especial, «Examen de la obra de Herbert Quain»⁹ y «Funes el memorioso»¹⁰.

—«La desconstrucción y...», eso sugiere en consecuencia que esa cosa llamada «desconstrucción» esta siempre asociada, completada, suplida, acompañada, y aunque sea por lo que no le acompaña, y con, y sin esto y aquello, esto o aquello... Pero también opuesta a esto o aquello, separada de esto o aquello, como si hiciese falta siempre distinguir, o escoger entre la desconstrucción y X e Y.

—Forzosamente, puesto que no es ni una filosofía, ni una doctrina, ni un saber, ni un método, ni una disciplina, ni siquiera un concepto determinado, sólo lo que llega si es que eso llega. Y no obstante, sí, y justo por esa razón, qué sola está la desconstrucción, si usted lo supiera, y ¡hace falta que esté sola! Quizá por eso se multiplica por sí misma, y hay que decir también *las* desconstrucciones, siempre en plural, y siempre *con* esto y aquello, y con esto o con aquello. Pues sola como está, por sola que esté, hay que saber que hay desconstrucción y desconstrucción. Y que se suma, y se divide y se multiplica...

—¿Y qué? ¿Quiere usted decir que *está* sola o que *estaría* sola? Teorema constativo, ontológico, y/o optativo, realizativo? ¿Promesa o amenaza?

—Lo uno y/o lo otro, ni lo uno ni lo otro, imposible decidirlo. Intente entonces someter el pensamiento del «y» a la medida de ese doble estar-solo, a lo que se llama por una parte la soledad y la singularidad por otra parte, el dejar solo pero también el aislamiento de lo único (pues entre todos los valores implícitos del «y», hay también, a veces, el de un «pero también», y «pues» y «ahora bien» y «en consecuencia» y «no sólo pero también», «no sólo esto sino aquello...»). Si somete así la posibilidad del «y» a la prueba de cada uno, si la toma en cuenta a la medida de *cada uno* (*singuli*, uno por uno, uno y uno, y uno *más* uno), verá quizá que la posibilidad del «y» en general al mismo tiempo surge y se hunde. No hay adición o serialidad (y...y...y...); no hay suplementariedad más que allí donde unas unidades discretas se ahuecan, o más bien donde señalan en huecos la posibilidad del estar-solo y del ser-singular, de la separación, de la distinción, es decir, también del ser-otro, y así de una cierta disyunción, y de una desconexión, de una relación sin relación. De tal modo

9 Se trata ahí acerca de una obra que comprende trece capítulos. Y como éste podría ser el caso aquí mismo, «El primero refiere el ambiguo diálogo de unos desconocidos en un andén. El segundo refiere los sucesos de la víspera del primero. El tercero, también retrógrado, refiere los sucesos de *otra* posible víspera del primero: el cuarto, los de otra. Cada una de esas tees vísperas (que rigurosamente se excluyen) se ramifica en otras tres vísperas, de índole muy diversa. La obra total consta pues de nueve novelas: cada novela, de tres largos capítulos. (El primero es común a todas ellas, naturalmente.) De esas novelas, una es de carácter simbólico; otra sobrenatural; otra policial; otra psicológica; otra comunista; otra anticomunista; etcetera. Quizá un esquema ayude a comprender la estructura: (...) De esa estructura cabe repetir lo que declaró Schopenhauer de las doce categorías kantianas: todo lo sacrifica a un furor simétrico». *Ficciones. Obras Completas*, cit., I, p. 462.

10 Antes del «cinematógrafo y del fonógrafo», el narrador se entera, mediante la «voz de Funes», que éste había «imaginado un sistema original de numeración». Para economizar los signos y las palabras, en lugar de «siete mil trece», decía (por ejemplo) *Máximo Pérez*; en lugar de siete mil catorce, *El Ferrocarril*; otros números eran *Luis Melián Lafinur*, *Olimar*, *azufre*, *los bastos*, *la ballena*, *el gas*, *la caldera*, *Napoleón*, *Agustín de Vedia* (...). Yo traté de explicarle que esa rapsodia de voces inconexas era precisamente lo contrario de un sistema de numeración (...). Funes no me entendió, o no quiso entenderme.

Locke, en el siglo XVII, postuló (y reprobó) un idioma imposible en el que cada cosa individual, cada piedra, cada pájaro y cada rama tuviera un nombre propio (...). Este (Funes), no lo olvidemos, era casi incapaz de ideas generales, platónicas. No sólo le costaba comprender que el símbolo genérico *perro* abarcara tantos individuos dispares de diversos tamaños y diversa forma; le molestaba que el perro de las tres y catorce (visto de perfil) tuviera el mismo nombre que el perro de las tres cuarto (visto de frente). Op. cit., pp. 489-490.

que el uso matricial del «y» sería siempre algún «el uno y el otro», incluso si el uno y el otro son idénticos y no son diferentes más que según el número, *numero*, como se dice, y como clones, una serie de clones que serían cada uno el ejemplo ejemplar del otro, y el ejemplo muestra de la serie. Incluso «el uno o el otro» (disyunción o alternativa) supone algún «el uno y el otro». Incluso la barra oblicua de la oposición, y por ejemplo *y/o* entre *y* y *o*, o entre *y* u *o*, sigue suponiendo un «y». U *o*. ¿Cómo hablar o escribir sin *y*? «Sin» mismo supone «y», etc.

—Y habría entonces un «y» en general, un concepto autónomo, y nombrable con un nombre, habrá un sentido, una esencia, una significación, una gramática del «y». Y ¿qué tendrían que hacer las desconstrucciones (en plural, pues) con ese «y» en general?

—Todo y nada. Y fíjese, no es seguro que se pueda hablar aquí de un concepto y sobre todo, como acaba de hacerlo demasiado deprisa, de un «concepto autónomo», y de un nombre. Así, por ejemplo, y antes incluso de preguntarse por la posibilidad de tener un concepto así del *sincategorema* «y» («si queremos representarnos claramente la significación de la palabra *y*.. », dice una proposición subordinada de las *Investigaciones Lógicas*¹¹, que tendremos que releer y que completar). Husserl haría todos los esfuerzos posibles para distinguir aquí entre una gramática general y una gramática pura lógica del «y». ¿Cuáles son los límites de esa gramática? ¿Se extiende, bajo el pretexto de «tanto...como», a su forma aparentemente negativa, el *ni...ni*? Decía usted hace un momento: la desconstrucción no es ni esto ni lo otro, etc. Y todos los reproches que conciernen a una presunta teología negativa en la desconstrucción (nos hemos explicado sobre esto en otra parte) suponen alguna claridad ya hecha acerca del «tanto...como» y/o el «ni...ni...»).

— El *ni-ni*, algunos dirían que «la» desconstrucción lo usa y que abusa de él, repitiéndolo hasta el infinito; y especialmente en la atención a los indecibles, al *double bind* y a las aporías de todo tipo. La desconstrucción se parece, en efecto, a una reafirmación repetida tanto del *ni...ni* como de la reafirmación repetida (*ni...ni*, pero *sí*, *sí*, *sí* y *sí*, siendo a la vez reclamado o prometido el segundo *sí* por el primero, y estando así aliado a él, pero estando también necesariamente solo, y disyunto, y siendo de nuevo inaugural, significando entonces el «y» del «sí y sí» tanto la colección o la adición como la disociación, tanto la memoria como la amnesia). El *ni...ni*, pues, ¿es sólo un caso, una modalidad negativa del *tanto...como*, o incluso de un *o...o* que modifica él mismo a su vez un *tanto...como*? ¿Y qué haría usted del «y *no*»? ¿y del *sí* y *no*?

—Ve usted que para hacer justicia al «y», los que hablan aquí han tenido que privilegiar, en el polílogo más abierto, una forma aforística o diaforística. Estos interlocutores proceden por distinciones, disyunciones, interrupciones, conjunciones y yuxtaposiciones, conexiones y desconexiones, serialidad y ejemplaridad, simplificación: y simplificación: *y...y...y...etc...et ceteri omnes, et cetera*, y todos los demás, y los demás cualesquiera que sean. Pero ¿no es esa interrupción que aboca al aforismo la condición de toda conversación? ¿Qué sería una conversación o un polílogo sin interrupción y sin alguna yuxtaposición, sin un encadenamiento un poco arbitrario o aleatorio, sin una «asociación de ideas» que sólo la insignificancia de un «y» vendría a decir o a sobreentender? Lo habrá usted notado, hay tantas frases, y sea cual sea el autor, que empiezan con un «y». ¿Es deliberado? ¿Se hace a propósito para recordar que toda frase podría empezar por «y», incluso si éste resulta inaudible o invisible? Vamos a seguir escuchándole.

11 «Wollen wir uns die Bedeutung des Wortes und klarmachen...», *Logische Untersuchungen*, IV, «Der Unterschied der selbständigen und unselbständigen Bedeutungen und die Idee der reinen Grammatik», par. 9, *Das Verständnis herausgerissener Synkategoremata*, Niemayer, II/1, p. 314. Trad. esp. M. García Morente y José Gaos, *Revista de Occidente*, tomo 2, p. 115.

—¿Y qué más? No siempre sé qué hay que hacer con *y no*, como tampoco sé qué lengua hablar, quiero decir, a qué idioma atribuirle un privilegio o una hegemonía indiscutible. La desconstrucción es también esto, si es que es algo: una atención a la pluralidad irreductible de las firmas, y una vigilancia ético-jurídica, política también, a los efectos de hegemonía de una lengua sobre otra, entre una lengua y otra. Hay lenguas, y hay lengua y lengua. Advierta usted con qué facilidad empezamos nuestras frases con esta pequeña palabra «y»...

—Y sí, y eso sin embargo mediante una palabra «y» que lo más frecuentemente tiene un valor lógico diferente o una finalidad propia (escansión, espaciamento, quasipuntuación, respiración, incipit exclamativo, adición neutra, conexión o encadenamiento, disyunción o simple escansión, sobrepuja, objeción, concesión, etc.), hasta el punto de que se la podría sustituir o traducir, sin gran daño semántico, por otras tantas conjunciones, según el caso, por «pero», «ahora bien», «pues», «así», «en fin», y/o por adverbios, «entonces», «después», «aquí», «ahora», «también» —adverbio y conjunción— y también «enseguida», «por otro lado», «así», que puede ser conjunción y adverbio, etc.). Y usted sabe que en hebreo bíblico una especie de «y» señala, como lo haría una puntuación, justamente el comienzo de muchas frases. Y como un principio de discernimiento entre las unidades frásticas, ciertamente, pero también a título de conexión y de encadenamiento (prefijo y no conjunción), la letra *waw* se encuentra pegada o aglutinada al comienzo de la primera palabra de la frase cuyo comienzo señala así. E incluso la letra puede modificar lo que se llama el «aspecto» de un verbo (de lo realizado a lo no realizado y viceversa). En árabe, el «y», el *wa* (o *waw*), la letra de la conexión, la que puede significar también «también», con «con», o al mismo tiempo que «al mismo tiempo», y simultáneamente una especie de simultaneidad, pues bien, *waw* puede definirse también, se me dice, como «letra de la ternura»¹², como si, por esta conexión misma, por este imán gramatical, un juntarse, algún gesto de aproximación, un movimiento de amor dejase siempre en él la huella de un afecto, una connotación comunitaria, allí incluso donde las apariencias estuviesen en contra (oposición, contradicción, disyunción, incompatibilidad, privación: «con exclusión de», «contra», «sin» o «a falta de», pues «sin» significa siempre, aunque usted lo ponga en duda, «sin-con» o «con-sin», «y-sin»). Es una ley general de lógica formal: en toda disyunción se desliza y se insinúa por anticipado una conjunción, y *viceversa*).

—Y entonces cabría que uno se preguntase si la función así marcada en el hebreo o en el árabe no está actuando, silenciosamente o no, y diferentemente, en todas las lenguas, en todos los textos, entre todas las unidades a recortar y/o a encadenar. Pero lo que se llama la desconstrucción, ¿no es ante todo tomar en cuenta fuerzas de disociación, de dislocación, de desconexión, en una palabra de diferencia y de heterogeneidad tales que un cierto «y» puede él mismo traducirlas? ¿Y ante todo las fuerzas de oposición jerarquizadas que instalan todas las parejas de conceptos alrededor de las cuales se afana una desconstrucción (el habla y la escritura, el adentro y el afuera, el espíritu y la materia, esto *versus* aquello, etc.)?

—Sí, pero el «y» puede también mantener las diferencias juntas *como* diferencias, y la diferencia¹³ es también esta insistencia de lo mismo en la oposición, incluso en la heterogeneidad infinita.

12 Gracias a Mounira Khemir (Cf. *Retrats de l'anima. Folografia africana*, Barcelona. Fondacio «la Caixa», 1997). Esa letra, me dice Mounira Khemir, «sería también la letra de los viajeros». En el Corán (por ejemplo, al comienzo de uno de las suras que empiezan con esta letra), indica aquello en nombre de lo que se jura o se presta juramento, aquello que se invoca y y mediante lo que uno se compromete: «En nombre de Alá el Clemente, el Misericordioso, Por el alba y las diez noches, / Por lo par y lo impar, / Por la noche cuando llega y se retira/ ¿No es éste un juramento...? (sura LXXXIX).

13 «Diferenzia» es la traducción de la retornante «différance», propuesta por José Martín Arancibia (in *La diseminación. Fundamentos*, Madrid, 1975). Se ha querido sugerir alguna vez «difier-encia» o «dif(i)erencia». Pero quizá no vale afanarse con esta palabra o pseudopalabra heterográfica, toda vez que no es ella, tampoco, una palabra capital: si es que,

De ahí el debate interminable con la *Versammlung*, con el pensamiento del juntarse sobre lo que insiste tanto Heidegger. Y de ahí concluyo que una de las dificultades del metalenguaje, la *necesidad* de los *efectos* de metalenguaje y la *imposibilidad* del metalenguaje absoluto (y en consecuencia la desconstrucción misma, ¿no es así?) depende de la lógica de este imperativo. No se puede describir y formalizar una unidad de lenguaje, en sentido amplio, por ejemplo «y», sin hacer uso ya de él *en* la definición formalizante misma. Hay que servirse, al menos implícitamente, del «y» para decir cualquier cosa a propósito del «y»; hay que *usarlo* para *mencionarlo* o para *citarlo* entre comillas.

—Y en efecto, es eso lo que pasa en Husserl, puesto que de él se trataba hace un momento. Hay en juego siempre una diferencia entre lo lleno y lo vacío de una intuición del sentido, entre un más y un menos en la plenitud de la presencia intuitiva, en lo que Husserl llama (¡extraña metáfora que plantea muchos problemas!) el llenarse (*Erfüllung*) de la intuición. Se podría traducir también *Erfüllung* por «cumplimiento», ejecución, realización, incluso performance. Se trata entonces de responder a lo que llama Husserl una «dificultad seria». ¿Cómo comprender sincategoremas «desligados de todo enlace (*aus jeder Verknüpfung herausgerissene*)? Pues Husserl encuentra esa «dificultad seria» al afirmar en primer término cómo y por qué, según él, no puede haber sincategorema *desligado* (*herausgerissene*), y así independiente en un discurso categoremático conciso y consistente (y la palabra *y* sería aquí un buen ejemplo de categorema). Pues se hace entonces a sí mismo una objeción: si fuese así, ¿cómo se podría entonces «considerar» solamente estos sincategoremas a parte, en cuanto tales, fuera de toda conexión, como lo ha hecho Aristóteles? ¿cómo, por ejemplo, interesarse, como lo estamos haciendo aquí, en el *y* por sí mismo y en sí mismo? Respuesta a la objeción: hay que distinguir entre el más o menos lleno y/o el más o menos vacío. Y a esa distinción en el «llenarse» de una intención de significación corresponde una diferencia entre «representaciones propias» y «representaciones impropias»:

«A esta objeción, podríamos por de pronto contestar remitiéndonos a la distinción entre representaciones «propias» y representaciones «impropias» (*auf den Unterschied der «eigentlichen» und «uneigentlichen» Vorstellungen*), o lo que aquí es lo mismo, la diferencia entre las significaciones meramente intencionales y las impletivas (*der bloss intendierenden und der erfüllenden Bedeutungen*)»¹⁴.

Y para decirlo, ha señalado usted que Husserl tiene que servirse él mismo más de una vez, justo para marcar la disyunción diferencial, de la conjunción *y* (por dos veces: diferencia entre *X* y *X*) y de la conunción *o* para marcar, al contrario, la equivalencia asociativa, no disyuntiva («o lo que aquí es lo mismo», etc.). Tiene que *servirse* también de aquello que *menciona*. En la misma frase.

—Así pues, las *Investigaciones Lógicas* intentan demostrar que sincategoremas desligados (*herausgerissene*), disociados, en estado libre, «tales como «igual» (*gleich*), «en conjunción con» (*in Verbindung mit*), «y» (*und*), «o» (*oder*)» no pueden dar lugar por sí mismos a ninguna «comprensión intuitiva» (*kein intuitives Verständnis*), a ningún «cumplimiento significativo, como no sea en conexión (*im Zusammenhang*) de un todo de significación más amplio (*umfassenderen Bedeutungsganzen*)». Y ya las totalidades, los encadenamientos, y los contextos que van a asegurar al «y» una mayor plenitud de significación, no podemos describirlos y analizarlos más que como enlaces, conexiones, asociaciones, dicho de otro modo, realizaciones de un cierto «y». Y el mismo Husserl,

como me ha parecido entender, desconstruir es siempre descapitalizar. De donde que el pensamiento de la Diferencia requiera a su manera un cierto abandono, una dejadez o desgana, una cierta indiferencia en medio de la más agobiante responsabilidad. (T.).

14 Op. cit., pp. 314-315; trad. esp. II, p. 115.

lo acaba usted de advertir, tendrá que servirse regularmente de la palabra «y» para designar la incompletitud irreductible de todas las intuiciones de «y» (fenómeno fónico, expresión, significación o sentido), cuando no queda determinada por un encadenamiento más comprensivo. Y como lo contrario del dicho «llenarse» de presencia intuitiva es la «decepción», habría que decir, de seguir a Husserl, que el «y» es *en sí mismo*, y si se lo abandona a él mismo, esencialmente decepcionante¹⁵. Distingamos, pues, en este análisis de Husserl entre los «y» *utilizados* (que subrayaré) y los «y» *mencionados*:

«Si queremos esclarecer (*uns klarmachen*) la significación (*Bedeutung*) de la palabra *y* (*und*), tendremos que verificar realmente un acto de colección \underline{y} , en el conjunto que así viene a ser llevado a representación propia (*und in dem so zu eigentlicher Vorstellung kommenden Inbegriff*), llevar a cumplimiento una significación de la forma *a y b* (*eine Bedeutung der Form a und b zur Erfüllung bringen*). \underline{Y} así sucesivamente (*Und so überall*)».

Si se sigue aquí la lógica de esta demostración, el *y* así *utilizado* para hablar del *y* *mencionado* no daría lugar a una intención de significación cumplida por la intuición a no ser en la medida en que el contexto de la frase o de las frases que la rodean y la encadenan es suficientemente comprensivo y determinante. Pero ¿llega a serlo alguna vez totalmente? Y si no llega nunca hasta la saturación intuitiva, ¿no quedará siempre en todo discurso, en todo texto, una parte irreductible de esa «dependencia», de esa no-independencia, de ese no-cumplimiento del que el sincategorema *y* es al menos ejemplo? Y dejemos por el momento de lado la espinosa cuestión de saber si *y* es un ejemplo de sincategorema entre otros, en la serie de los otros, al lado, como dice Husserl, de «*gleich*», por ejemplo y de «*in Verbindung mit*», «*oder*», o más bien por el contrario, el quasitrascendental, el sincategorema por excelencia y silenciosamente implicado en todo enlace o conjunción sincategoremática entre todos los categoremas posibles; pues el catálogo de los categoremas parece suponer algún *y* entre todas las unidades discretas así clasificadas, al igual que un cierto *y* junta también todos los categoremas.

—Y eso a lo que apelan siempre las desconstrucciones, ¿no es esa necesaria y rigurosa toma en consideración del contexto, ciertamente, pero de un contexto del que se dice *y* repite desde hace tiempo que no es nunca plenamente saturable? ¿No es en esa no saturabilidad donde se abre la indecidibilidad («tanto...como», «ni...ni», «o...o»), pero también el *double bind*, es decir, la fuente y la condición de toda decisión, de toda responsabilidad (ética, jurídica, política —y en lugar de cada coma, en esa lista, podría leerse un *y*)? ¿No se ve así que aparece una de las razones por la que una desconstrucción dedica el mayor interés a la sintaxis, no menos que a la semántica, a los sincategoremas (conjunciones, preposiciones, adverbios: *no*, *sin*, *salvo*, *sí* etc.), al interminable devenir categoremático o nominal de los sincategoremas? ¿Y no se comprende mejor por qué todo esto tenía que empezar con una puesta en cuestión del intuicionismo? ¿del intuicionismo fenomenológico, ante todo, y de la confianza husserliana en el cumplimiento y en la adecuación entre la intención y el cumplimiento?¹⁶.

15 «Es notorio que en todo este desarrollo el «cumplimiento» remite necesariamente a su contrario, la 'decepción' (*Enttäuschung*)» (Ibid., p. 315, trad. esp. pp. 115-116). Esta decepción ocurre cuando el cumplimiento esperado resulta imposible, bien por una contradicción, por una incompatibilidad, bien porque la significación incompleta o dependiente tiene que quedar, a falta de contexto suficientemente determinado, privada de toda intuición posible. Resulta entonces intención de significación sin significación plena.

16 Este optimismo teleológico es sin duda irreductible; y se declara al final del pasaje que estamos leyendo. Husserl concluye en efecto: « \underline{y} que de esta suerte existe realmente la situación objetiva (*und dass somit die Schlage wirklich besteht*) que viene exigida como necesaria por la posibilidad de la adecuación entre la intención \underline{y} el cumplimiento» (p. 316, trad. esp. II, p. 117. Subrayo, claro está, el uso del «y»).

—Cierto, y Husserl sin embargo no ha terminado con sus dificultades. Empieza rehusándole a todo sincategorema, por ejemplo «y», una función de conocimiento. Esta sólo puede conferírsele en el contexto de una significación categoremática¹⁷. «Y» por sí mismo no da nada a conocer. Pero mantiene sentido sin embargo y hay que disociar aquí la aprehensión del *sentido* de la función del *conocimiento*. Tras haber subrayado que «también las significaciones vacías —las representaciones «impropias», «simbólicas», que dan sentido a la expresión fuera de toda función cognoscitiva— llevan en sí la diferencia entre independencia y no-independencia»¹⁸, Husserl se plantea una cuestión crucial. Esta cuestión tiene que ver con la juntura y/o la disyunción entre sentido y/o conocimiento, y ha jugado un papel estratégico determinante, así lo creo, en la historia de «la desconstrucción y... todos sus otros»: ¿cómo *comprender* un sincategorema por sí mismo, (por ejemplo «y») y por qué hay ahí sentido, y sentido pensable, allí donde falta el conocimiento? «Y» no nos enseña nada, no nos hace conocer nada, y sin embargo comprendemos un cierto sentido de la palabra o del nóema «y». Podemos incluso nominalizarlo, como Husserl precisará más adelante. Convertido en categorema, el «y» de conjunción es designado como un nombre, opera como el nombre de la conjunción, y podemos entonces citarlo, reconocerlo e identificarlo fuera de todo contexto de conocimiento.

Pero Husserl está resuelto a resolver la cuestión que formula valientemente en estos términos: «¿cómo se explica el hecho indiscutible de que los sincategoremáticos aislados, por ejemplo, la palabra aislada y, sean comprendidos? Decir que son no-independientes con respecto a sus intenciones significativas, es decir, que esas intenciones no pueden existir más que en conexiones categoremáticas; así pues, la partícula desprendida, el y aislado, tendría que ser un mero *flatus vocis*. La dificultad sólo puede ser resuelta del siguiente modo:»¹⁹. Y sigue entonces un párrafo muy embarazoso. Está organizado mediante una lógica del complemento virtual o mediante una oposición entre funcionamiento *normal* y funcionamiento *anormal*: o bien el sincategorema «y» no tiene la misma significación que en un contexto categoremático o bien ha recibido potencialmente un «complemento de significación» que lo ha transformado en expresión incompleta, ciertamente, pero expresión incompleta de una significación virtualmente «viva y completada»:

«El y aislado lo comprendemos: o bien porque se asocia a él, como significación anómala (*als anomale Bedeutung*), el pensamiento indirecto, aunque no articulado en palabras, *de cierta partícula bien conocida de nosotros*, o bien porque sin auxilio de vagas representaciones de cosas y sin complemento verbal se nos ofrece un pensamiento del tipo A y B»²⁰.

En este último caso, concluye Husserl, el «y» cumple su función a la vez normalmente y anormalmente: normalmente en la medida en que está ligada a una completitud virtual interior, y anormalmente en la medida en que esta completitud no está incorporada en expresiones exteriores. La diferencia entre *normal* y *anormal* jugará un papel mayor un poco más adelante a propósito de la *suppositio materialis*, a saber, la posibilidad para toda expresión (sincategorema o categorema) de convertirse en su propio nombre, por ejemplo cuando se nombra a sí misma como fenómeno

17 «... ninguna significación sincategoremática, esto es, ningún acto de intención significativa no-independiente, puede estar en la función de conocimiento, como no esté en la conexión de una significación categoremática. Y en lugar de significación podríamos naturalmente decir también *expresión*, entendida normalmente como la *unidad* de vocablo y significación o sentido (Ibid. p. 315; trad. esp. II, p. 117). Husserl subraya por su parte el segundo y, pero los dos «und» de estas líneas tienen un valor operatorio, no temático, son utilizados y no mencionados.

18 Pp. 315, trad. esp. II, p. 116.

19 Op. cit., pp. 315-316; trad. esp. II, pp. 116-117.

20 Pp. 322, trad. esp. p. 117.

gramatical. Esa es para Husserl una significación «anormal», pues —proposición axiomática a la vez necesaria, evidente, y bastante sorprendente para quien la lleve hasta sus últimas consecuencias— «considerado lógicamente, todo cambio de significación debe considerarse como anomalía»²¹.

«Si decimos «y» es una conjunción, no habremos colocado en el puesto del sujeto el momento de significación que normalmente corresponde a la palabra «y», sino que habremos colocado en él la significación independiente dirigida hacia la palabra «y». En esta significación anómala, el «y» no es en verdad una palabra sincategoremática, sino una expresión categoremática; se nombra a sí misma como palabra.

Existe un análogo exacto de la *suppositio materialis* cuando la expresión, en lugar de su significación normal, sustenta una representación de esa significación (es decir, una significación que va dirigida a esa representación tomada como su objeto). Tal sucede cuando decimos «y», «pero», «mayor», son significaciones no-independientes. Regularmente diríamos en este caso: las significaciones de las palabras y, pero, mayor, son no-independientes. Igualmente en la expresión «hombre», «mesa», «caballo», son conceptos de cosas, funcionan como representaciones del sujeto representaciones de esos conceptos y no los conceptos mismos. En estos casos como en los anteriores, suele regularmente indicarse el cambio de significación (*Bedeutungsänderung*) —por lo menos en la expresión escrita— mediante comillas u otros medios de expresión heterogramáticos (*heterogramatische Ausdrucksmittel*) (como podemos exactamente llamarlos)²².

—Si entiendo bien, la desconstrucción, o al menos lo que se ha llamado en un momento dado «la desconstrucción», es un gesto que no parece frontamente opuesto a esta lógica de la fenomenología husserliana. Para aquella se trataría más bien de sacar rigurosamente las consecuencias de una imposibilidad de saturación total para los contextos llamados categoremáticos, y para un contexto en general, o también, más precisamente, de la posibilidad siempre abierta de estos funcionamientos incompletos, sincategoremáticos, que Husserl llama por sí mismos «anormales», impropios, «simbólicos», y más tarde «críticos» (en el sentido de la «crisis», de la crisis de las ciencias europeas y de la filosofía, que tiene siempre como origen, según Husserl, esta pérdida de plenitud intuitiva y viva en la experiencia de la significación, del lenguaje en general, del signo, o de la expresión). De ahí el interés de «la desconstrucción» por la sintaxis de los sincategoremáticos (*no, sin, salvo, ni...ni, tanto...como, o...o*), es decir, por todo lo que Husserl determina como incompleto o anómalo en sí mismo, en estado aislado, y que «la desconstrucción» considera al mismo tiempo una ocasión y una amenaza (la amenaza es también una ocasión, no habría ocasión sin amenaza, éste es un axioma que retorna a menudo). De ahí también la inversión de «la desconstrucción» en los procedimientos del «aislamiento» y en las comillas, en la posibilidad intrínseca e irreductible que tiene toda marca de ser repetida, mencionada o citada. Es por otra parte curioso que Husserl, que describe a menudo la reducción fenomenológica con la figura de la puesta entre paréntesis, entre corchetes o entre comillas, venga a juzgar estos signos como signos de una anomalía cuyo destino está ligado a la escritura, a una escritura heterogramática. Y desde este punto de vista, la «desconstrucción» sigue marcando una fidelidad sobreañadida, como ocurre a emnudo, a una cierta inspiración fenomenológica. Como sabe Usted, hay para Husserl más de una reducción (eidética y trascendental). Las reducciones trascendentales a su vez se pluralizan, se radicalizan en una especie de sobreañadido hiperbólico. Y como se reflejan entre ellas, se encadenan o se interrumpen la

21 P. 322, trad. esp. p. 122.

22 Op. cit. pp. 322-323, trad. esp. pp. 123-124.

una a la otra, se puede pensar en esta multiplicidad como en una polifonía —más de un *alter ego* en el mismo *ego*, etc. Si todo lenguaje, como se sugirió en otro lugar²³, es en sí mismo una especie de reducción eidética y trascendental espontánea, en consecuencia también «natural» y más o menos ingenua, la multiplicidad de las reducciones puede ser llevada a través del concierto más o menos desconcertante de varias voces. La desconstrucción, a través de todas estas reducciones, no es sólo más de una lengua, es ya más de una voz...

—A menudo me quedo pensando en «¿cuántas veces?» a propósito de cualquier cosa de mi vida. ¿Y cuántas veces he hecho esto? ¿Y cuántas veces me ha pasado esto? ¿Y cuántas veces he vuelto a casa? ¿Y cuántas veces he respetado o saltado un semáforo? ¿Y hecho el amor? ¿Y comenzado un curso o dado una conferencia? (Y le dejo que multiplique los ejemplos posibles, pero sabe usted que no es un juego, me planteo efectivamente y a menudo esas preguntas, una y otra vez). ¿Y cuántas veces he pronunciado o escrito tal palabra? Y con esto cambiamos de régimen, en la repetición, pues las palabras mismas abren un campo inaugural a la repetición serial, a la iterabilidad, a la ejemplaridad, etc., y el «y» mismo es una palabra. Por ejemplo, ¿cuántas veces he utilizado (o evitado, que es otro modo de empleo), oralmente o por escrito, la palabra «desconstrucción»? ¿Y la palabra «y»?

—¿Y qué raros son! ¿No son raros? Y mezclan sin cesar las referencias científicas y de tipo lingüístico-filosófico (mirad con Husserl), etc., y la confianza personal, y el estilo narrativo en el intercambio ficticiamente dialógico, como si hubiese en esto una relación. Extrañas maneras...

—Pero ese título de «La desconstrucción y...», ¿lo mantendría así en francés? ¿No es ésta la única lengua en la que el «y» (*et*) resuena como el homófono de «es» (*est*)? Siento que muchas cosas se mantienen aquí latentes entre el «et» y el «est». En primer lugar, no se podría decir nada de «la desconstrucción y» sin implicar alguna presuposición definicional del tipo «la desconstrucción es...». Y después también el «y» significa algo (completo o incompleto) pero «algo» (*etwas*) ((conexión, desconexión, conjunción, disyunción, oposición, adición, complemento, suplemento, etc.) y así, algo de lo que se deba poder decir «esto es», «aquí» «y» «es»... Husserl nos recordaba hace un momento esa posibilidad de nominalización categoremática. Además, entre «et» y su homófono (o su homónimo) francés «est» se implica una conexión equívoca en la escena francesa, precisamente, y así en una firma intraducible y oscura (anormal, extraña a toda función cognoscitiva y a toda verdad, diría Husserl) de la desconstrucción. Pues ésta, o lo que se llama con este nombre, comienza poniendo en cuestión la cuestión «¿qué es...», la cuestión que se instituye sobre la autoridad del «es», a saber, de una determinación del ser, y del ser nominalizado así a partir del indicativo o del participio presente del verbo ser. A partir de lo ente de ese «es» (o de lo ente como objeto en general) se organiza una ontología fundamental o una fenomenología trascendental que, en principio y *de jure*, domina verticalmente la pirámide de las ontologías, de las fenomenologías o de las disciplinas llamadas regionales. Al poner en cuestión este esquema jerárquico, al desplazarlo sin necesariamente desacreditarlo, «la desconstrucción», o lo que se llama así, abre el espacio para otra organización de las relaciones (no necesariamente piramidales) entre la serie de los «y» que coordinan horizontalmente las dichas «regiones» (designación que hay que repensar) y el orden ontofenomenológico del «es». Por eso no hay *enciclopedia*, no hay principio circular de la pedagogía y «gran lógica» de la universidad que no se deje desconstruir. Desde el momento en que afecta a la

23 Jacques Derrida, *Introduction a L'origine de la géométrie*, de Husserl, PUF, 1962, p. 56 sq. Acerca del «y así sucesivamente» como forma fundamental de la idealización, *ibid.*, p. 148, n. 1.

jerarquía ontológica, una desconstrucción afecta a todo, disloca la identidad consigo de un «es» y de un «y», introduce en todas partes, entre todos los dominios o campos disciplinares, un principio de contaminación, de transferencia e incluso de traducción, pero de una traducción sin transparencia y sin adecuación, sin analogía pura. De ahí la mezcla de atracción y de intolerancia que suscita en las instituciones en general, y sobre todo en la universidad.

—El orden tradicional, inquietado así hasta en su principio jerárquico, es aquel que subordina en suma el «y» al «es». Y Husserl, él de nuevo, le da una forma notablemente densa en el apéndice 1 de *Lógica formal y lógica trascendental*²⁴. Las formas de conexión conjuntivas («la del y y la del o», «die des Und und Oder», dice; pero habría podido decir «la del o o del y») no tiene la relación privilegiada con el juicio por excelencia, con el «juicio predicativo» o «apofántico». Para éste, es el «el modo «conectivo»» de la cópula o incluso «la forma: es» (*die Ist-Form*) la mejor «forma funcional». Pues ella «convierte los términos en términos de la proposición total (*des Satzganzen*)». Relea la retórica de este pasaje. Husserl distingue ahí firmemente, subrayándolo, lo que se sitúa *por una parte* (*Einerseits*), a saber, el «y», y lo que se sitúa *por otra parte* (*Andersseits*), a saber, el «es», pero no hay en esto ni simetría horizontal ni conmensurabilidad. Para una lógica, una ontología, una fenomenología, lo que se encuentra *por la parte* del «y» se ordena y se subordina a lo que está *por la parte* del «es». Clásico. Este es el lugar estratégico más decisivo para las cuestiones desconstruccionistas, con los desplazamientos que de ahí se siguen, en las relaciones de «la desconstrucción y...», según todos los «conjuntos» sintagmáticos que evocábamos al principio.

—Y entonces, ¿qué quiere decir «desconstrucción y...etc.»?

—Nada antes de hacer con ella una frase, desde luego, o un discurso organizado. Veamos, la desconstrucción, ¿se ha sabido alguna vez qué quería decir eso? ¿Y no se trataba de hacer todo por regresar a ese punto de pensamiento en que se pensaría un pensamiento que en principio o al final no quiso decir nada? Y el léxico del pensamiento (pensamiento, pensar, pensamiento pensante, pensamiento pensado) no se determinaría y no tomaría su sentido más que a partir del punto de origen de la significación, del querer decir, es decir, allí donde la significación y la no significación, el querer decir y el no-querer-decir, o como dirían algunos, los que identifican significación y sentido, el sentido y el sin-sentido se articulan, se adjuntan, se juntan y se disyuntan (de nuevo el «y» y el «o») conjuntamente. Conjuntamente y separadamente. ¿Pero no es todavía más necesario para la «desconstrucción y...X (cualquier otra cosa)»? Pues lo otro de la desconstrucción, quiero decir lo otro en todas sus formas, lo opuesto, lo asociado, el amigo o el enemigo, el complemento o el suplemento, se encuentra entonces afectado por la misma necesidad: dejarse reducir, es decir, reconducir allí donde «eso» no quiere decir, no todavía o ya no. Por otro lado, «y», por sí mismo, no quiere decir nada. No se puede tener ninguna intuición plena de él. Husserl no estaba equivocado al decir que ése es uno de esos sincategoremas «incompletos», incluso si no se le sigue en lo que hace de esa incompletitud.

—Nadie escribirá entonces un día la historia, la historia autónoma y específica del «y», de su lógica o de su sistema, incluso de la idea misma de sistema, de multiplicidad organizada, de síntesis, al representar el «syn» (*cum, avec, apud, hoc, with, mit*) o bien una modalidad más estrecha o bien, al contrario, una categoría más potente del sincategorema «kai», «and», «und», «e», «y», *et cetera*, lo que incluso se podría decir *también* del *etcetera, e incluso* (*etiam*) del *también*, igualmente de *incluso*. ¿Quién escribirá un día la historia de la taxonomía de todos los valores del

24 *Formale und transzendente Logik*, Niemayer, 1929, Beilage I, par. 5, p. 264, trad. esp. Luis Villoro, UNAM, México, 1962, pp. 310-311.

«y» —entre los cuales se encontraría también la idea misma de orden taxonómico: clasificación, jerárquica o no, por disyunción, conjunción, yuxtaposición, oposición (y así en primer lugar de posición)? Y si la desconstrucción tiene algo que decir en relación con la idea de esa historia, de su posibilidad o de su imposibilidad, ¿quién escribirá la historia del «y» que, de forma sin duda única, habrá, no ya nombrado, sino juntado, adjuntado, conjuntado o disyuntado (pues es una gramática de la conexión/desconexión) la desconstrucción «y» X (la letra para tantas incógnitas)? Antes de pensar en esta historia, habría que preguntarse por su sistema. Pero ¿qué es un sistema? Al menos un orden de conjunción, pero que sigue siendo una forma determinada en la historia de todas las «conjunciones» y de todos los «conjuntos» consistentes posible. Hay «y» e «y», como hay «desconstrucción» y «desconstrucción». El y mismo no puede reunificarse; fracasa, pero ésa es su ocasión, en hacerse uno consigo mismo; se desconstruye o más bien se deja desconstruir, en defensa propia y disyunto, por medio de lo que le sucede, le sigue o le precede, sobreviniéndole de otra parte («...y X») o de la serie misma, homogénea o heterogénea, de los y (y...y...y...etc.)...

—Se refugia usted a menudo, a falta de tiempo y de espacio, quizá, en esa palabra minúscula: «y». El abrigo parece seguro, y la formalización, económica, y así, potente. *Antes* de dar vueltas en torno al «es» o a la cuestión «¿qué es?», *antes* de toda la historia de la filosofía como ontología, *antes* de la definición filosófica de la desconstrucción («la desconstrucción es esto o aquello, o nada o todo», etc.), *antes* de especular sobre la distinción problemática entre el «es» teórico, constataivo o descriptivo y la potencia realizativa de crear el acontecimiento, *antes* incluso del acontecimiento pre-realizativo, el que sucede, como completamente otro, *antes* incluso de toda espera y de toda realizatividad posible, habrá habido, palabra todavía más breve que el «es», al menos en francés, su homófono (en francés), «et» (una letra menos). Sin el «sentido» de algún «y», nada sucedería, ni la conjunción ni la disyunción, ni la conexión ni la oposición, ni la alianza estratégica, ni la yuxtaposición, ni el ser-*con*, el ser-*sin*, el ser-junto, el ser-salvo, el no-ser, etc.

—Si hay que formalizar para ir deprisa (y la desconstrucción, como el movimiento mismo de la diferencia, apela a un pensamiento de la economía, y así, de la velocidad), hay que decir algo más a propósito de una cierta ley que parece regir toda relación del tipo «desconstrucción y...». Si mi hipótesis es justa, y si hay realmente ahí una ley, cabe entonces registrar una recurrencia, una *serie* reglada de repeticiones, de las que cada una debe ser *ejemplar* de todas las demás (de nuevo la cuestión del «y» —índice de serialidad y/o de ejemplaridad, dos temas privilegiados para toda desconstrucción). Cada vez que digo «desconstrucción y X (sea cual sea el concepto o el tema)», es el preludio a una división muy singular que hace de esta X, o que más bien hace aparecer en esta X una imposibilidad que se convierte en su propia y única posibilidad, de tal modo que entre la X como posible y la «misma» X como imposible, hay más que una relación de homonimia, de la que de nuevo hay que dar cuenta (filosóficamente esta vez, según el principio de razón implicada en toda tentativa de explicar, de dar cuenta, etc.). Por ejemplo, por referirme a demostraciones ya intentadas en trabajos o en seminarios, una invención (y así, un acontecimiento), un don, un perdón, una hospitalidad, la muerte incluso (y así, tantas otras cosas) sólo pueden ser posibles *como imposibles*, como lo im-possible, es decir, incondicionalmente. Si queda uno convencido con estas demostraciones que no podemos reproducir aquí, entonces (y me atenderé aquí a esta consecuencia), entre X y X (don y don, perdón y perdón, etc.) entre la X como posible y la X como lo imposible no hay más que una relación de homonimia, y así, una no-relación semántica o de sinonimia, una relación sin relación. Hay don y don, dos usos heterogéneos de la misma palabra, y sin embargo, a pesar de esta inconmensurabilidad, hay que dar cuenta de nuevo de esta homonimia. Pues no es fortuita: uno de

los dos conceptos lleva el mismo nombre que el otro porque es el enfoque o la tensión hiperbólica de éste (el único don, la única invención, el único perdón, la única hospitalidad, dignos de su nombre, son el el don, la invención, el perdón, la hospitalidad im-possibles). Es entonces cuando hay «destrucción y X», pero primeramente «X y X», y así, «destrucción y destrucción».

—¿He comprendido bien? Habría como una regla, un procedimiento privilegiado en una destrucción que no es sin embargo ni un método, ni una técnica apropiable, sino un acontecimiento o un estilo. La recurrencia, la probabilidad de esta quasi-regla (regla sin regla puesto que cada vez el ejemplo es absolutamente diferente) pasaría a menudo a través de una especie de conjunción disyuntiva al interior amenazado de cada átomo conceptual o verbal: esto y esto, esto sin esto, esto salvo esto, amor y(sin) amor, Dios y(sin) Dios, ser y(sin) ser, religión y(sin) religión, fe y(sin) fe, perdón y(sin) perdón, don y(sin) don, el uno haciéndose destruir en nombre de él mismo, o más bien de aquello que, siendo completamente diferente, se convierte en su simple homónimo. Y el «y» marcaría entonces tanto la diferencia como la indiferencia. Hay destrucción y destrucción.

—No se debería decir nunca (y me esfuerzo en no decirlo nunca, en decirlo lo menos a menudo posible) «la» destrucción. Y sin embargo si la destrucción es siempre plural, si hay solamente destrucciones cada vez firmadas de forma diferente, entonces persiste la cuestión socrática: ¿qué tienen en común?, ¿qué hace de estas destrucciones destrucciones que merezcan llevar y justificar el mismo nombre, aunque sea en plural? ¿Qué justifica el nombre «destrucción»? A no ser que haya que preguntarse: ¿«quién» lo justifica, ese nombre, quién lo autoriza, qué firma ejemplar? Todas las aporías del «y» que acabamos de evocar (y son también las de lo indecible como condición de la decisión posible-imposible, de la decisión pasiva como decisión del otro en mí, y del *double bind*, y del suplemento: *tanto...como, o...o, y/o, ni...ni*, etc.) resurgían entre cada acontecimiento (destructor) y su firma («La destrucción y yo, y yo, y yo»). Cuestión del nombre propio. A propósito del nombre propio, pero también del aforismo y del contratiempo, habló él hace un tiempo de un cierto teatro del «y»...²⁵.

—Yo añadiría todavía una palabra, antes de olvidar: la destrucción no es sólo plural, a la vez posible e imposible, puesto que posible como imposible. No sólo toma en cuenta, y en primer lugar para formalizarlo, el «y» de todas las sumas y de todos los «peligrosos suplementos», y de todas las jerarquías que actúan más o menos secretamente en el orden enumerativo y/o oposicional del «y». Se esfuerza también en pensar (y esto sería el pensamiento mismo, si existe algo así) el «y» del exceso ambiguo, el «y» que pone todo orden colectivo en vía de diseminación. El «y» disemi-

25 «Romeo y Julieta, conjunción de dos deseos aforísticos pero que se mantienen juntos (...) El y de esa conjunción, el teatro de ese 'y', se lo ha presentado frecuentemente. se lo ha representado como la escena del contratiempo fortuito, de la anacronía aleatoria: la cita fallida, el accidente desgraciado, la carta que no llega a destino...» (Jacques Derrida, «El aforismo a contratiempo», in *Psyché. Invention de l'autre*, Galilée, 1987, p. 522).

Acerca del *Double bind* y la doble estructura del lazo o de la conjunción, cf. *Glas* y *La carte postale* (passim). Acerca de la decisión pasiva como decisión del otro en mí, cf. sobre todo *Políticas de la amistad* (trad. esp. en Trotta). Acerca del suplemento, cf. sobre todo *De la gramatología*, passim.

Los recursos lógicos del «y» se analizan también en *Otobiographies. L'enseignement de Nietzsche et la politique du nom propre* (Galilée, 1984, p. 26 sq) a propósito de tal pasaje de la Declaración de Independencia «(...) solemnly publish and declare, that these united Colonies are and of right ought to be free and independant states (...) 'Are and ought to be': el 'y' articula conjunta aquí las dos modalidades discursivas, el ser y el deber ser, la constatación y la prescripción, el hecho y el derecho. Y es Dios: a la vez creador de la naturaleza y juez, juez supremo de lo que es (el estado del mundo) y de lo que pone en relación con lo que debe ser (la rectitud de nuestras intenciones (...)) para que esta declaración tenga un sentido y un efecto hace falta una última instancia. Dios es el nombre, el mejor, para esta última instancia y esta postrera firma».

nal es el «más de uno»²⁶, y el «más de una voz»²⁷, y el «más de una lengua»²⁸, y el «más de dos»²⁹ y el «más de tres»³⁰, etc.

—Sí, y como la firma de un nombre propio es siempre un *sí*, una afirmación que promete repetirse, confirmarse y refrendar, y así, a la vez acordarse y olvidarse para volver a firmar cada vez la primera y la última vez (*sí*, y *sí*, y *sí*), hay que añadir *sí* a la lista de estos minivocablos que se deslizan y se sobreentienden entre la desconstrucción y toda X posible.

—Sí y no, pues, si no, y salvo el no, un sí no sería nunca posible. Sí, dirá usted, pero también no, ¿no?

—Sí, sí. Y sí...

Traducción: Patricio Peñalver Gómez

-
- 26 A partir de «La différence», 1967 (en *Marges -de la philosophie*, Minuit, 1972), tantas formulaciones de «el Uno que difiere de sí», más y menos que él mismo, parecen conducir a los enunciados más económicos de *Mal d'archive* (Galilée, 1995), tales como por ejemplo, «el Uno se guarda de lo otro», o «el Uno se hace violencia» (p. 124, 125), trad. esp. Paco Vidarte, Trotta, 1997, p. 86.
- 27 Cf. por ejemplo las últimas palabras de «Psyché. Invention de l'autre», in *Psyche. Inventions de l'autre*: «...esto sólo sucede en varias voces», Galilée, 1987, p. 61.
- 28 En cuanto a la expresión «más de una lengua», para definir irónicamente la desconstrucción, aparece en *Mémoires pour Paul de Man* (Galilée, 1988, p. 38), aquella va seguida de un desarrollo y de una pregunta que resuenan aquí: «¿Cuántas frases se puede hacer con 'desconstrucción'?»
- 29 Especialmente en torno a la cuestión del tercero, cf. *Adieu à Emmanuel Lévinas*, Galilée, 1997, *passim*, sobre todo, p. 63 sq., trad. esp. Julián Santos, Trotta, 1998, p. 49 sq.
- 30 Sobre el más allá del tres, sobre la relación entre el tres y el cuatro, cf. *La dissemination* (Seuil, 1972) trad. esp. José Martín Arancibia, Fundamentos, 1975.